

La lengua de los dioses. Nueve razones para amar el griego
Andrea Marcolongo (traducción de Teófilo de Lozoya y
Juan Rabasseda)
Madrid: Taurus, 2017. 202 págs.

María LÓPEZ ROMERO
Universidad de Salamanca
mlopez@usal.es

La lengua de los dioses. *Nueve razones para amar el griego* sigue la estela italiana que en 2016 inició Nicola Gardini con su *Viva il latino. Storia e bellezza di una lingua inutile*, recientemente traducido al español y con un título que en nada enmascara el original en italiano: *Viva el latín. Historia y belleza de una lengua inútil*. La traducción del título de la *prima opera* de Andrea Marcolongo no ha corrido esa suerte, sino que un sencillito *La lingua geniale* ha sido sustituido por un pretencioso *La lengua de los dioses*, de modo que queda manifiesta desde el principio una idea que subyace en todo el libro: la exquisitez de la lengua griega, su precisión y su riqueza (léxica y morfológica, sobre todo) hacen de ella una lengua única, divina a ojos de quienes la estudian.

El libro se divide en siete capítulos, cuyos títulos ilustran la temática de estos; por el ejemplo, el capítulo cuarto (95-116), que trata sobre el sistema casual del griego, se titula «Los casos, o una anarquía ordenada de las palabras». Algunos capítulos, concretamente el tercero (71-93) y el último (163-196), cuentan con distintos apartados. Abre el libro, como podría esperarse, un prólogo a la edición española (11-13) y una introducción (15-22), en la que la autora manifiesta su propósito: no escribir «una gramática convencional del griego antiguo» (19), sino, más bien, «un relato literario (y no literal) de algunas particularidades de una lengua tan magnífica y elegante como el griego antiguo» (19). Por último, sirven de cierre un apartado de referencias bibliográficas (197-199) y los agradecimientos (201-202).

Sin duda, Andrea Marcolongo ha cumplido con su palabra y ha hecho de *La lengua de los dioses* un relato literario, ameno, divertido en ocasiones y despojado de esa aridez que caracteriza los manuales de gramática. El mérito recae en que ha sabido hacerlo sin que su libro se

sienta como una declaración de amor al griego meramente superficial e insustancial, limitada a repetir el discurso de cuán grande es la herencia cultural y lingüística que debemos al pueblo heleno. Su libro es una declaración de amor, sí, pero fundamentada: la autora no se limita a asumir que el griego es una lengua rica en matices, sino que se propone demostrarlo. Para ello dedica páginas a explicar algunos de sus entresijos morfológicos y sintácticos más característicos, como son la categoría verbal de aspecto, el sistema de casos o el sistema tripartito de género (femenino, masculino y neutro) y número (singular, plural y dual). En la propia elección de las categorías que trata se confirma que, efectivamente, su libro no es una gramática convencional, pues carece de la sistematicidad y objetividad propias de este tipo de tratados. De modo que, por ejemplo, encontramos un capítulo dedicado al optativo (117-137), pero no a los demás modos (subjuntivo, indicativo, imperativo e infinitivo); o un capítulo sobre el aspecto (23-50), pero no sobre las categorías modo y tiempo, a la que, por cierto, desvaloriza en pro de la noción de aspecto. Ejemplos en griego perfectamente traducidos ayudan a comprender estos complejos conceptos, así como amenizan su lectura la narración de divertidas anécdotas. Así, en el capítulo sobre la traducción del griego (139-162), Marcolongo nos cuenta con gracia lo que le sucedió en un examen de latín: al leer «Il ratto delle Sabine» en el título del examen, pensó que el texto trataría sobre «los ratones de las sabinas» (*ratto* en it. significa ‘ratón’, pero también ‘raptó’) y lo tradujo a partir de esa idea preconcebida. Lo que pretendía la autora con esta anécdota era ilustrar la importancia de tener conocimientos históricos, y no sólo lingüísticos, a la hora de interpretar un texto clásico. En efecto, de haberlos tenido en ese momento, habría comprendido en seguida que «Il ratto delle Sabine» hacía referencia a aquel episodio de Tito Livio en el que se describe cómo Rómulo encabezó un raptó de mujeres sabinas para repoblar Roma.

Pero, como suele ocurrir con las creaciones humanas, la obra no es perfecta. En la edición de los caracteres griegos encontramos errores tipográficos que deben ser corregidos en ediciones futuras: espíritus mal puestos (ὀ x ó, en la página 101; ἦ x ῆ en la 102) y la forma ριγώω (45), sin espíritu áspero, en lugar de ῥιγώω. La notación de fonemas también es deficiente, ya que no es correcto emplear letras alfabéticas para representar sonidos (es decir, no existe una $\bar{\alpha}$ y una $\tilde{\alpha}$, sino los sonidos /a:/ y /a/). En materia de lingüística hay cuestiones verdaderamente discutibles, sobre todo en lo relativo al aspecto (23-50). Marcolongo lo define en dos ocasiones y en ninguna de ellas, a nuestro juicio, con precisión: «el aspecto indicaba justamente la duración comprendida entre cada comienzo y cada final. Cuánto y cómo dura una acción. Cómo empieza, cómo se desarrolla, cómo termina. En qué se

convierte» (25) y «el aspecto indicaba la cualidad de la acción, el modo en que esta sucedía y cómo el hablante se sentía al respecto» (33). Pues bien, el aspecto de ninguna manera indicaba la duración (eso es tiempo), ni tampoco cómo el hablante se sentía ante la acción verbal (eso es modalidad); el aspecto expresaba la forma según la cual el hablante consideraba que había tenido lugar la acción o estado descrito por el verbo. Sus definiciones no llegan a ser del todo incorrectas, pero no cabe duda de que introduce en ellas nociones que pertenecen a otras categorías del verbo. La definición del caso acusativo también deja mucho que desear, pues oscurece más que ilumina (101): «es el caso que sirve para indicar el viaje de las cosas hacia su meta» (?). Seguramente habría sido más didáctico dejar a un lado los impulsos poéticos y haber dicho que con el acusativo se expresa el movimiento *adónde*, es decir, la dirección. Además, habría sido más acertado señalar primero su función como complemento directo, dado que es la más frecuente, y mencionar luego su función como circunstancial de dirección, y no al revés. Por último, no podemos pasar por alto el desafortunado pasaje que elige Marcolongo como ejemplo de optativo de deseo. En efecto, cierra el capítulo del optativo (117-137) citando los primeros ocho versos de la *Medea* de Eurípides, en los que la nodriza manifiesta su deseo de que las cosas hubieran sucedido de otra forma. La gracia está en que, a pesar de que la nodriza exprese sus deseos (irreales, por cierto), ninguno está formulado en optativo, sino en indicativo: ὄφελε (v. 1), un verbo modal en pasado (= deseo irreal) y ἄν (...) ἔπλευσε (vv. 6-7), un aoristo con partícula que expresa irrealidad.

No queremos, sin embargo, que estas críticas enmascaren nuestra opinión positiva del libro. En un momento en que la cultura está castigada en el rincón, no debemos sino elogiar todos los intentos de difundir la cultura y lengua griegas, tanto más si se llevan a cabo con entusiasmo, simpatía y rigor, como ha hecho Andrea Marcolongo. *La lengua de los dioses* es, sin duda, un libro agradable, didáctico y fácil de leer, que cumple con su propósito de acercar la lengua griega a quienes nunca la conocieron. Los entendidos, en cambio, no encontrarán ningún dato o teoría novedosa en él, pero se sentirán aliviados y felices al ver verbalizado un sentimiento tan difícil de explicar: el amor hacia la lengua griega.